

El comisionado se dirigió á Ciudad Real, poblacion española recientemente fundada en Chiapas, de cuya provincia era á la sazón gobernador el Adelantado. Encontró á este ocupado ya en preparar los socorros de que tanto necesitaban sus antiguos compañeros de aventura, y al imponerse de la resolución que habian tomado de abandonar á San Pedro, se apresuró á mandar los pocos soldados que tenia ya reunidos á las órdenes del capitán Alonso Rosado. La llegada de este oficial, cuyo nombre debia hacerse despues tan célebre en la historia de la conquista, reanimó la abatida empresa de los colonos. Díjoles que el viejo Adelantado seguia proporcionándose socorros de gente y dinero en Tabasco y Chiapas, y que su hijo habia pasado á la N. España con el mismo objeto, razón por la cual hacia mucho tiempo que no se tenia noticia de él en Champoton.

Estas noticias no tardaron en ser confirmadas por la realidad mas halagadora. Primeramente se presentó en la colonia Juan de Contreras, que volvia de Chiapas con algunos refuerzos, diciendo que presto le seguirian otros. Arribó en seguida Francisco de Montejo, hijo, trayendo los socorros de que se habia provisto en México, gastando su corto patrimonio. Llegó finalmente el resto de los aprestos hechos por el Adelantado y que consistian en soldados, vestuario y municiones de boca y guerra.

La colonia, llena de alborozo, se preparaba ya á ensanchar con las armas los límites de su dominio, cuando llegó de Chiapas un pliego de Montejo, padre, en que llamaba á su hijo á conferenciar con él ántes de emprender toda operacion. El jóven capitán mandó detener los preparativos que se estaban haciendo, dejó el mando de las tropas á su primo y emprendió el camino de Ciudad Real, prometiendo dar la vuelta á la brevedad posible.

CAPITULO XI.

1540-1541

El Adelantado sustituye en su hijo los poderes que tenia respecto de Yucatan.—Sale el ejército de Champoton.—Dificultades con que llega á Campeche.—Mision confiada al mas jóven de los Montejos.—Ocupa á T-Hó despues de una marcha penosa.—Batalla de Xpeual.—El general funda la villa de San Francisco y viene á reunirse con su primo.—Embajada de Tutul Xiú.—Efecto que produce en el campamento español.

En la época á que ha llegado nuestra narracion, D. Francisco de Montejo, padre, tenia ya sesenta años. Habia empleado una gran parte de su vida en los campos de batalla y debia sentirse cansado, á pesar de la robusta complexion de que le habia dotado la naturaleza. Además de esto, eran tan grandes los contratiempos que habia experimentado en Yucatan, era tan poco lo que se habia avanzado despues de doce años de lucha, que el Adelantado llegó á dudar de su propia fortuna y á creer que no estaba reservada para él la gloria de plantear en la península el estandarte de la civilizacion. Estas consideracio-

nes obraron fuertemente en el ánimo del viejo soldado, y persuadido de que á su hijo no le faltaban ni el valor ni el talento necesarios para llevar al cabo la empresa en que habia agotado todo su patrimonio, determinó sustituirle el poder que la corona le habia otorgado en la capitulacion de 8 de diciembre de 1526. Con este objeto le llamó á Ciudad Real, y luego que el jóven estuvo en su presencia, le significó su deseo y le entregó unas instrucciones escritas, que la historia ha recogido, y que nosotros colocamos en el apéndice, como un monumento característico de aquella época de transicion, digno de ser transmitido á la posteridad (1).

Este documento es notable bajo mas de un título. A pesar de las prescripciones que contiene para que la propiedad de los indios sea respetada y para que sean tratados con cierta clase de consideraciones los que se sujeten voluntariamente al yugo español, revela el sistema poco escrupuloso que el signatario habia seguido en sus campañas anteriores, sistema por otra parte, que era el mismo que observaban sus compatriotas en toda la América. Se sujeta á los caciques á una especie de plagio por el temor de la influencia que pudieran ejercer en sus respectivos dominios, y se manda castigar con severidad á los que no reconozcan inmediatamente al Dios de los cristianos y al rey de España, como si una conquista de esta naturaleza pudiera hacerse en pocos dias, en hombres que no entendian el idioma que se les hablaba.

Despues de estas moniciones, el Adelantado traza á su hijo un plan de campaña, que mas tarde veremos felizmente desarrollado por éste, y acaba por darle facultad para repartir las tierras y encomendar los indios entre los conquistadores que le acompañasen, segun los méritos que cada uno hubiese contraído.

(1) Véase el número 5 del Apéndice.

Recibidas estas instrucciones y otras que de viva voz le comunicaria sin duda su anciano padre, el jóven Montejo dió la vuelta á Potonchan, en cuyo puerto entró á los treinta dias de su salida. Sus compañeros de aventura, que no le aguardaban tan presto, se llenaron de alborozo cuando supieron los poderes que traia, porque el mancebo habia sabido hacerse popular en el campamento con su valor, su buen carácter y su liberalidad. El capitán trajo consigo algunos aventureros españoles, que se le incorporaron en Ciudad Real, y aun parece que por esta época se presentaron en la colonia algunos indios mexicanos, que venian á aliarse á sus antiguos enemigos para pelear contra su raza (2).

Francisco de Montejo desembarcó en Potonchan con la firme resolucion de llevar al cabo la conquista del país ó de morir en la empresa. Supo comunicar este ardor á sus camaradas, los cuales olvidando las contrariedades de antaño y la mala suerte con que hasta entónces habian luchado, abrieron de nuevo su corazón á la esperanza, y llenos de entusiasmo, juraron seguir á su jóven caudillo á donde quisiera llevarlos. Con tan buenos auspicios el pequeño ejército expedicionario salió de su antiguo campamento en la primavera de 1540, y emprendió su marcha por la orilla del mar con direccion á Campeche.

Los indios de Champoton, que algo llegaron á traslucir sin duda de los proyectos de sus huéspedes, habian ya difundido la alarma en todo el país, y con este motivo el viaje de los españoles fué varias veces interrumpido para batir á los naturales, que salian á oponerse á su paso. Desde el primer dia tuvieron necesidad de pelear con un grueso batallon que se les interpuso en el camino, el cual fué fácilmente desbaratado. No queriendo dar un paso atrás y no encontrando poblacion algu-

(2) Cogolludo, libro III, capítulo IV.

na para guarecerse, los soldados de Montejo durmieron aquella noche al raso, arrullados por las olas del golfo, en sus lechos de arena.

Al día siguiente continuaron su marcha y no tardaron en encontrarse con una serie de fortificaciones hábilmente combinadas para entorpecerles el paso. Pero nada era ya capaz de detener á los expeditionarios, y las trincheras, á pesar de estar guarnecidas por numerosos defensores, fueron cayendo una tras otra en poder de aquellos. Las mismas escenas se fueron repitiendo en los días subsecuentes, y Montejo quedaba siempre dueño del campo. Los indios morían en tan gran número, que los españoles formaban algunas veces de sus cadáveres, una especie de parapeto para resistir á los vivos. No obstante, los invasores experimentaron también algunas pérdidas, y con el objeto de disminuirlas en lo posible, el capitán formó una descubierta de cuatro hombres que saliesen todos los días á explorar el campo, ántes de que el ejército emprendiese su marcha. Puso á la cabeza de estos exploradores á Alonso Rosado, y á fé que nunca tuvo motivo para arrepentirse de su elección.

Una mañana, en que la descubierta había salido, según costumbre, al rayar el alba, volvió poco después diciendo que en un pueblo llamado Sihó, los indios estaban reunidos en gran número con el objeto de interceptar el paso á los españoles. Montejo levantó inmediatamente su campamento y se dirigió á Sihó. Los indios se hallaban fortificados dentro de una vasta trinchera, compuesta de palos, piedras y tierra, y lanzaron un grito terrible de amenaza al percibir desde lejos á su enemigo. Un castellano que se acercó demasiado, tal vez con el objeto de reconocer las fortificaciones, fué muerto en el acto en castigo de su temeridad. El impetuoso Alonso Rosado avanzó después, sin contar el número de los que le seguían, y á pesar de la lluvia de flechas en que se vió envuelto, una sola le hirió en el muslo. Esto no le impidió seguir peleando, y allí mismo

hubiera sido víctima de su arrojo, si no se le hubiesen incorporado en aquel instante varios de sus compañeros, y luego todo el ejército, ante el cual comenzaron los indios á dar señales de debilidad. Notáronlo los agresores y redoblaron sus esfuerzos hasta tal extremo, que aquellos se vieron obligados á desbandarse.

Francisco de Montejo entró en el pueblo y lo encontró completamente desamparado de sus habitantes, aunque bien surtido de las provisiones que acaso se habían dispuesto para la eventualidad de un sitio. Esta circunstancia le convidó á permanecer allí algunos días, los cuales empleó en atraerse á los naturales, que se hallaban escondidos en los montes vecinos. Muchos de los fugitivos acudieron á su presencia, y el caudillo después de reprenderlos por el acto de hostilidad que acababan de cometer, los exhortó á aceptar el yugo español, conducta que en su concepto les tendría más cuenta que la pasada. Ofrecieronlo así los indios, y Montejo satisfecho de no dejar á sus espaldas ningún enemigo, prosiguió su viaje para Campeche, sin experimentar contratiempo alguno durante su marcha, ni en la ocupación de la ciudad.

El jefe de la expedición hubiera deseado continuar inmediatamente su marcha para *T-hó*, donde según las instrucciones de su padre, debía fundar la capital de la colonia. Pero impidiósele por entonces la necesidad que tenía de permanecer en la costa para recibir algunos socorros, que se le habían prometido, y que aun no habían llegado. Deseoso sin embargo de no perder un tiempo que le parecía precioso, dispuso que le precediese su primo Francisco de Montejo con cincuenta y siete españoles que puso á sus órdenes.

La expedición del sobrino del Adelantado tiene mucha analogía con la que emprendió Alonso de Avila, cuando marchó en busca de las pretendidas minas de Bacalar. Como el antiguo contador, el joven Montejo debía internarse con un pelotón de

soldados en un país que le era completamente desconocido y poblado de millares de enemigos. Solo habia en favor de éste la circunstancia de que creia poder contar con un aliado en el territorio que iba á invadir. Durante la primera residencia de los españoles en Campeche, hácia el año de 1531, trabaron amistad con el cacique de la provincia de Acanul, llamado *Ná Chan Can*, y en las instrucciones que el viejo Adelantado dió á su hijo, hizo mencion especial de este personaje, y aun insinuó que podia contarse con sus servicios. Pero esta esperanza no tardó en desvanecerse, porque sea que *Ná Chan Can* hubiese muerto ó variado de opinion con el transcurso de los años, el hecho es que los expedicionarios encontraron en Acanul la misma acogida desfavorable que en todo el resto del país.

Este contratiempo no arredró al jóven capitán, y siguió su marcha al través del angosto sendero, que segun su guía, debia conducirle á T-hó. El viaje de Champoton á Campeche fué afortunado en comparacion de éste. Los indios emboscados en los dos lados del camino, no cesaban de hostilizar á los invasores, y aunque nunca llegaron á empeñar ningun combate formal, los tenian fatigados con las muchas celadas que les armaban. Como si esto no fuera bastante, el camino se hallaba á cada instanté obstruido con albarradas, árboles caidos, cadáveres de hombres y animales, en estado de corrupcion, y otras muchas inmundicias, que interceptaban el paso é infestaban la atmósfera. Los viajeros tenian necesidad de detenerse á cada instante para desembarazar la vía, y como habia ya comenzado el verano, el calor se hacia insoportable durante el dia.

Todas estas contrariedades hubieran podido sobrellevarse con resignacion, si al terminar su jornada diaria hubieran encontrado siempre un pan para restaurar sus fuerzas y un vaso de agua para apagar su sed. Pero los indios comenzaron á segar los pozos y alzar los víveres por los lugares donde debian

transitar. Fué ya muchas veces preciso desviarse del sendero principal para caer bruscamente sobre alguna aldea y arrancar de grado ó por fuerza á sus habitantes, las provisiones de que tenian necesidad.

En Pooboc tuvo lugar un suceso, que vino á aumentar sus privaciones. El campamento comenzó á incendiarse durante la noche, y los españoles, temiendo un ataque en las tinieblas como el de Champoton, se armaron violentamente y salieron en busca del enemigo. Pero notando al cabo de algunos instantes el silencio sepulcral que reinaba en el pueblo, señal inequívoca de que no habia sido invadido por los indios, volvieron su atencion al incendio, intentando apagarlo por cuantos medios estaban á su alcance. Pero las llamas habian tenido harto tiempo para cebarse en los maderos y la paja de que estaba formado el real, y los infelices castellanos no tardaron en ver reducidos á cenizas su equipaje y los pocos víveres que habian podido acopiar.

El jóven Montejo despachó á su primo un mensajero, dándole cuenta del desastre que acababa de sufrir, y sin mas demora continuó su marcha hácia la provincia de Cehpech. Acompañáronle en su tránsito las mismas dificultades que habia experimentado desde su salida de Campeche; pero venciéndolas todas con el valor y la constancia de que estaba dotado por la naturaleza, llegó por fin á T-hó, ansiado término de su viaje. El lector no habrá olvidado sin duda la descripcion que hemos dado de esta antigua ciudad, en el libro primero de nuestra historia. Una simple ojeada sobre sus colosales ruinas hizo comprender á Francisco de Montejo que su tío no pudo haber elegido un sitio mejor para hacerle el centro de las futuras operaciones sobre la península. Los cerros artificiales que abundaban en el lugar, constituian casi por sí solos una defensa contra los indios, y los edificios construidos en ellos, eran mas de los que necesitaba para alojar á su tropa.

Después de un examen de estas fortificaciones, el capitán eligió para su campamento el cerro de *Bakluumchaan*, que ocupaba el mismo sitio en que hoy se halla la plaza principal de Mérida. Pocos días después de su instalación, llegaron de Campeche cuarenta españoles más, y en espera del capitán general—que éste era ya el nombre que daba el ejército al hijo del Adelantado—el jefe de T-hó se ocupaba en atraer al partido español á los indios de la comarca. Uno de estos nuevos amigos se presentó un día en el campamento y dió á sus aliados un aviso importante con una de esas imágenes, tomadas de los cuadros de la naturaleza, que recuerdan la poesía primitiva de todos los pueblos.—¿Qué haceis aquí, oh extranjeros, les dijo, cuando vienen sobre vosotros más indios que pelos tiene un cuero de venado?

Francisco de Montejo, deseoso de dar una prueba del valor castellano en aquella región del país, donde aun no había tenido ocasión de ostentarse, resolvió salir al encuentro de los mayas, y después de dejar una pequeña guarnición en T-hó, avanzó resueltamente hácia el Oriente, de donde venían aquellos. Encontrólos fortificados en el pueblo de Xpeual (3), y después de dar un ligero descanso á su fuerza para que se repusiese de las fatigas del viaje, los acometió con el ímpetu que acostumbraba. Los indios intentaron primero aturdir á sus enemigos con el estrépito de sus gritos y de su música guerrera; dispararon en seguida sus flechas, y se batieron sin descanso, mientras tuvieron el pecho cubierto con sus albarradas. Pero luego que los españoles se apoderaron de ellas, echaron á correr por los campos vecinos, y aquellos se volvieron á su campamento, muy ufanos de la victoria que acababan de obtener.

(3) Cogolludo vacila entre Tixpeual y Tixkokob; pero lo que parece indudable es que el suceso de que se trata tuvo lugar en un pueblo distante cinco leguas al Oriente de Mérida.

Entretanto, el hijo del Adelantado había fundado en Campeche una villa, á la que dió el nombre de *San Francisco*, para honrar sin duda la memoria de su padre y la suya propia, pues que ámbos tenían el mismo nombre. No consta con exactitud en la historia la fecha de esta fundación; pero Cogolludo dá muy buenas razones para creer que solo pudo tener lugar en el año de 1540 (4). Nombráronse los funcionarios de la nueva población, y habiendo llegado á ésta los últimos socorros que se esperaban de Nueva España y Chiapas (5), el capitán general creyó llegado el momento de reunirse á su primo para activar la obra de la conquista. Dejó el gobierno político y militar de Campeche en manos de Beltrán de Zetina, y con el resto de su pequeño ejército bajó á T-hó, á donde llegó pocos días después de la batalla de Xpeual. Procuró desde luego proveerse de víveres, y en el orden militar dictó todas las providencias que creyó necesarias para la seguridad de su campamento.

Un día en que los soldados reposaban tranquilamente en su alojamiento, confiados en las avanzadas que vigilaban en distintas direcciones, una de ellas se replegó á toda prisa al real, diciendo que se divisaba á lo lejos una turba de guerreros mayas. Los españoles tendieron la vista desde la altura en que se hallaban, y vieron venir hácia ellos un número no muy considerable de indios, entre los cuales sobresalía uno, que debía ser traído en andas por sus compañeros. Preparáronse las armas, recelando un ataque, y el P. Francisco Hernández enarboló una cruz, ante la cual se postraron los circunstantes, pidiéndole á Dios victoria contra sus enemigos. Entre-

(4) D. Justo Sierra (los indios de Yucatan, capítulo III) pretende que la fundación tuvo lugar el día 4 de Octubre de aquel año; pero como no cita la fuente de donde tomó esta noticia, nos hemos abstenido de consignarla en el texto.

(5) El refuerzo más importante que llegó entonces á Campeche fué el de Gaspar Pacheco y su hijo Melchor, con veinte soldados de á caballo, que prestaron muy importantes servicios en la conquista.

tanto los indios seguían avanzando, y al llegar á cierta distancia, el personaje se apeó de las andas en que venía sentado, arrojó su arco y sus flechas, y levantó las manos juntándolas, en señal de que venía de paz. Varios miembros de su comitiva se despojaron también de sus armas, tocaron la tierra con las manos, las besaron luego, y precedidos de aquel, comenzaron á subir la falda del cerro. El general español salió á su encuentro, y tomando de la mano al que venía delante, cuya categoría era fácil de adivinar por el respeto con que le trataban los suyos, le condujo al edificio que le servía de alojamiento.

Entonces el personaje, á quien se hizo sentar delante de Montejo y de algunos de sus capitanes, tomó la palabra y dijo que se llamaba *Tutul Xiú*: que era el descendiente de una casa poderosa que en otro tiempo se había enseñoreado de todo el país por medio de conquistas sucesivas: que hacia un siglo poco más ó menos que sus ascendientes habían sido arrojados de su corte de Mayapan á consecuencia de una gran revolución que desmembró sus dominios; que los pueblos rebeldes se habían hecho desde entonces independientes; y que él solo conservaba el señorío de Maní y de algunas provincias comarcanas. Añadió que hacia mucho tiempo que estudiaba con interés los movimientos de los españoles; que sus continuas victorias le habían llegado á persuadir de que eran invencibles; y que deseoso de evitar á su pueblo un derramamiento inútil de sangre, venía voluntariamente á someterse al yugo extranjero con todos los caciques que dependían de él.

Terminada esta corta arenga, que Tutul Xiú debió haber pronunciado con la emoción proporcionada á la gravedad del paso que daba, fué presentado uno á uno á los altos dignatarios que le habían acompañado hasta la cima del cerro y que eran los siguientes: *Ziyah*, gran sacerdote de Maní; *Ná Poot Xiú* y *Kin Chi*, tenientes de Tutul Xiú; *Pacab*, gobernador de Oxkutzcab; *Kancabá*, de Panabehen; *Kupul*, de Sacalum; *Nauat*, de

Teab; *Uluac Chan Cauich*, de un pueblo que se ignora; *Don Ceh*, de Pencuyut; *Ahau Tujú*, de Muna; *Xul Cunché*, de Tipikal; *Tukuch*, de Mama, y *Zit Couat* de Chamayel (6).

No se limitó á esto la embajada del señor de Maní. Ofreció sus buenos servicios para alcanzar sin derramamiento de sangre la sumisión de los demás pueblos de la península, haciéndose la ilusión de que la casa de los Xiús conservaba todavía entre ellos una poderosa influencia. En seguida presentó á Montejo una copiosa provisión de víveres, de que habían venido cargados sus vasallos, y concluyó por manifestar el deseo de conocer al Dios de los españoles, ese Dios que en su concepto debía ser muy poderoso, puesto que hacia invencibles á sus adeptos. Los pueblos incultos miden el poder de la Divinidad por la importancia de las batallas que se ganan en su nombre; y Francisco de Montejo, que no desconocía esta verdad, y á quien tampoco debía faltar ambición para arrancar una alma de las garras de Satanás, llamó al capellan del ejército y le ordenó que practicase en el acto una ceremonia religiosa. El Padre Hernández volvió á enarbolar su cruz, los españoles se arrodillaron, y Tutul Xiú y sus grandes vasallos imitaron esta acción, copiando en seguida servilmente cuantos movimientos veían hacer á sus nuevos aliados.

Indecible fué el gozo que estalló en el campamento cuando se supo el objeto de la embajada de Tutul Xiú. Se comprendió desde luego la importancia que en sí tenía esta sumisión espontánea é inesperada: se recordó que Hernán Cortés nunca hubiera dominado el imperio de Moteuczoma sin la cooperación de los tlascaltecas y de otros pueblos indígenas; y se creyó por fin que esta pequeña porción de la América, que había re-

(6) Cogolludo, (libro III, capítulo VI) dice que halló esta relación en una memoria escrita por un indio. Es de notar, sin embargo, que los nombres que contiene son los mismos con que se designaban — en Maní, por lo menos — los trece períodos de que se compone el siglo maya. Véase la apreciable disertación del P. Carrillo, sobre la historia de la lengua maya.

sistido por trece años al valor castellano, iba ya á ser uncida como otras muchas—y en un dia no muy lejano—al carro de la vencedora España. El hambre, la sed, la desnudez, las batallas, el temor de una muerte oscura, el continuo viajar por un país cálido y boscoso... todo esto iba á desaparecer próximamente. El descanso, la abundancia, las encomiendas de indios, el oro y la plata de cuyo hallazgo no se desesperaba todavía, vendrian en cambio á recompensarles de tantos sinsabores y trabajos.

Imbuidos en estos sentimientos, los conquistadores trataron régiamente á sus huéspedes, con las provisiones —es verdad— que estos mismos habian traido; pero con aquel agasajo y obsequioso respeto, que tanto estiman los que creen valer algo en el mundo. Tutul Xiú quedó tan satisfecho de esta acogida que permaneció en el campamento dos meses, durante los cuales habló un poco de religion con el P. Hernandez, y mucho con D. Francisco de Montejo, sobre los medios que debian emplearse para alcanzar la sumision de todo el país. Retiróse por fin á sus Estados, prometiendo al general español que muy pronto tendría noticia de sus trabajos.

El regocijo de los castellanos puede apreciarse por un hecho que no carece de interés. Luego que Tutul Xiú hubo explicado el motivo de su visita en la tienda de Montejo, se consultó el calendario para saber á que santo se debia este favor especial de la Providencia, y se encontró que era dia de San Ildefonso, quien fué desde luego proclamado patron de la colonia. Gracias á este rasgo de piedad, podemos decir á nuestros lectores que el importante hecho que acabamos de referir, tuvo lugar el 23 de enero de 1541.

CAPITULO XII.

1541-1542

Reflexiones sobre la conducta de Tutul Xiú.—Cumplimiento del pacto hecho con los españoles.—Nachi Cocom—Su carácter.—Atentado que comete contra los embajadores de Maní.—Sus consecuencias.—Batalla del 11 de Junio.—Relaciones de Montejo con los pueblos inmediatos á T-Hó.—Fundacion de Mérida.

Discurriendo algunos historiadores sobre las causas que pudieron impulsar á Tutul Xiú á reconocer el dominio español sin combatir, han creido encontrarlas en la supersticiosa influencia que debian haber ejercido en su ánimo las profecías de Chilam Balam. Pero fuera de que lo maravilloso debia para siempre desterrarse de la historia, creemos haber demostrado ya con argumentos sólidos (1) que los vaticinios atribuidos á los profetas mayas, fueron fraguados en los tiempos posteriores á la conquista; y que en cuanto á la poesía de que se declara autor á Balam —en caso de haber existido este personaje—na-

(1) Capitulo V de este libro.